# Capitulo 3

Desde que las clases terminaron en mayo, habían comenzado a aparecer de repente grafitis en San Francisco: palabras sueltas pintadas con enormes letras doradas asomaron sobre puentes y frentes de edificios. No eran inscripciones furiosas y apenas legibles, sino obras hermosamente ejecutadas, realizadas por alguien hábil y talentoso.

¿Podría ese *alguien* ser Jack? ¿Sería un tristemente célebre artista callejero, buscado por la policía por cometer actos de vandalismo?

El tramo restante del viaje pasó como una nebulosa mientras recordaba todo lo que había escuchado decir en los blogs locales sobre los grafitis dorados. Me hubiera gustado haber prestado más atención. Necesitaba investigar un poco, y debía hacerlo *ya mismo*. Cuando el autobús llegó a mi parada sobre la calle Judah, eché a correr a toda velocidad, pensando justamente en hacer eso.

Vivo en el barrio de Inner Sunset, que es la broma más

graciosa del mundo, porque es una de las zonas con más neblina de la ciudad. El verano es lo peor, cuando las noches son frías y a veces pasan semanas en que no vemos el sol. Pero salvo la niebla, me gusta vivir aquí. Solo estamos a pocas cuadras del parque Golden Gate. Hay un tramo de tiendas bastante cool sobre Irving, y estamos justo colina abajo de la parada del MUNI. Vivimos en los dos pisos inferiores de una casa adosada de tres pisos color amarillo pálido, de estilo eduardiano, y compartimos un pequeño trozo de jardín con nuestra vecina Julie, una estudiante de premédica que alquila el apartamento que está encima de nosotros. Ella es la que me consiguió la cita en el laboratorio de Anatomía.

Subí corriendo los doce escalones que conducen a nuestra puerta de entrada. Mientras hurgaba buscando mis llaves, un taxi se detuvo al lado del borde de la acera. Mi hermano salió de un salto y rápidamente le pagó al conductor antes de verme.

–¡Mamá viene camino a casa! –vociferó Heath al tiempo que subía las escaleras a toda velocidad, imitando la sirena de una ambulancia. Llevaba una chaqueta ceñida, jeans ceñidos y una camiseta negra aún más ceñida con tachones plateados que decía JOVEN METÁLICO DEL SIGLO XXI. También apestaba a cerveza, motivo por el cual no le creí.

–¿Dónde has estado? –pregunté.

–¿Yo? ¿Dónde has estado *tú*?

–Seduciendo delincuentes en el autobús.

Emitió un bufido equivalente a "sí, claro, lo que digas", mientras se pasaba los dedos por el pelo erizado, de la misma tonalidad castaña que el mío. De pie en un escalón más arriba,

yo era casi más alta que él; ambos salíamos a mamá en la cuestión de la altura. Echó un vistazo a mi falda y mis botas.

–Oye, ¿por qué estás tan elegante?

–Es una larga historia. A propósito, hueles como una cervecería. ¿Estás borracho?

–Ya no –se quejó–. Apúrate y abre para que entremos. Te estoy hablando en serio. Vi la furgoneta saliendo del estacionamiento de empleados cuando mi taxi pasó delante del hospital.

La furgoneta es el antiguo Toyota familiar blanco de mamá. Tiene 300.000 km y una abolladura en el parachoques.

–Le pagué extra al taxista para que se pasara la luz roja y pudiéramos ganarle. ¡Grrr! –rugió impaciente–. En cualquier momento, Bex.

Bex es el apodo con que me llaman mi familia y mis amigos, el diminutivo de Beatrix, y es solo Bex... ni Bea, ni Trixie, ni ningún otro nombre que pueda hacer que la pesadilla de mi nombre suene incluso más arcaico de lo que ya suena.

Mientras Heath me daba golpecitos en la espalda, abrí el cerrojo y entramos. Aunque nuestro departamento ocupa dos pisos, oficialmente tiene un solo dormitorio. Es mamá la que lo ocupa, y Heath vive abajo, en el piso inferior, en el territorio inhóspito de la lavandería, que en teoría es un sótano diminuto pegado a un garaje con espacio para un automóvil. Y mi habitación es *teóricamente* el comedor, pero comemos en la mesa de la cocina o en el sillón delante de la TV, –"como cerdos", dice mamá, pero la vergüenza no le impide hacerlo.

La falta de vergüenza es un gen que viene de familia, porque tampoco le impide a mi hermano de veinte años

instalarse aquí en casa, en lugar de tener la suya propia. Y como todavía le faltan cuatro meses para ser mayor de edad, mamá le daría una patada en el trasero si se enterara de que había estado colándose en las discotecas con un falso carné de identidad.

–¿Por qué vuelve a casa en el medio de su turno?

–¿Y cómo demonios tengo que saberlo? –me lanzó Heath a su vez mientras se dirigía al baño–. Tengo que hacer pis. Quédate en la ventana y pega un grito cuando aparezca su automóvil.

–Olvídalo. Me tengo que cambiar. Tampoco sabe que yo salí –corrí a mi habitación y oculté el portfolio al lado de mi mesa de dibujo antes de quitarme el abrigo. Dos puertas ventana me separaban de la sala. Había cubierto todos los cristales con placas radiográficas viejas recortadas en forma de cuadrados, para que cuando las puertas estuvieran cerradas, tuviera un mínimo de privacidad. Pero como no es un dormitorio de verdad, no tengo ventanas, y toda mi ropa está amontonada dentro de un armario desvencijado de Ikea que no cierra.

De todos modos, no está tan mal. Como iluminación tengo un genial candelabro de techo antiguo estilo *art déco*, que cuelga en el centro de la habitación, y una gigantesca vitrina para vajilla estilo misión, empotrada contra una pared, que uso para exhibir mis colecciones: libros de Anatomía *vintage*, una Mujer Visible de los años sesenta (se trata de una muñeca acrílica con órganos removibles), algunos viejos moldes dentales, y varios sets de anatomía (corazón, cerebro, pulmones). A los pies de mi cama se encuentra Lester, un esqueleto

didáctico tamaño real que cuelga de un soporte con ruedas. Los esqueletos suelen ser caros, pero mi mamá lo consiguió por monedas en el campus del hospital, porque le falta un brazo.

Heath se detuvo derrapando justo fuera de mis puertas de placas radiográficas con la respiración agitada.

–Dime en serio, ¿dónde estuviste esta noche?

–Tratando de reunirme con la directora del laboratorio de Anatomía, pero jamás apareció.

–¿Así que con esas otra vez? Mira que eres testaruda. Creí que mamá te había dicho que no los fastidiaras.

–Ya había hecho la cita –dije, defendiéndome–. No es que haya entrado a escondidas en el laboratorio y manoseado los cuerpos. No estaba haciendo nada malo –salvo desobedeciendo las órdenes de mi madre, tomándome el Owl y coqueteando con alguien que podría o no ser un vándalo–. Al menos, no algo terriblemente malo –me corregí.

–Sería un milagro –masculló Heath–. Tú no sabes cómo ser mala.

Conseguí bajar el cierre de mis botas y las arrojé dentro del armario desvencijado.

–Ah, claro, ¿y tú sí? ¿Estabas con Noah, o siquiera estaba enterado? Si lo estás engañando...

–¡Shh! Escucha –inclinó la cabeza a un lado y apoyó la mano sobre la puerta de entrada–. ¿Es la furgoneta? –susurró.

El áspero golpe familiar de la puerta del garaje sacudió el suelo.

–¡Yo estaba durmiendo cuando llegaste a casa! –ordenó Heath mientras corría hacia abajo.

Arrojé mi falda bajo la cama y conseguí saltar dentro de

los joggings, mientras jalaba las puertas para cerrarlas. Justo cuando acabé de apagar mi candelabro de techo, se oyeron los pasos de mamá que subía corriendo las escaleras del sótano y entraba en la sala. Maldición. Eso fue rápido. Debía de estar apurada.

–Es la una de la mañana. ¿De dónde diablos me llamas? –se oyó la voz de mamá por encima del chirrido de sus suelas de goma–. Olvídalo. No me importa. Solo ve al grano y dime qué quieres.

¿Con quién diablos hablaba?

–De ninguna manera. Si envías algo por correo, lo arrojaré a la basura. ¿Me oyes? –su voz pasó rebotando por mi habitación mientras se dirigía a la cocina. Se oyó el estrépito de frascos. Había abierto el refrigerador. ¡Claro! Le había ofrecido el almuerzo al mendigo Will y ahora buscaba comida para reemplazarlo–. Qué pena. Nada ha cambiado. Deja de intentarlo y no te sentirás decepcionado. Ahora, si me disculpas, aunque no lo creas, estoy trabajando. Disfruta de tu vuelo desde *Londres* –el nombre de la ciudad fue pronunciado con sarcasmo. Un golpe sordo finalizó la llamada.

Epa. Estaba enojada en serio.

Volví a oír el chirrido de pisadas cerca de mi habitación.

–Que tu avión se caiga en el maldito Atlántico –masculló para sí antes de volver a descender las escaleras corriendo. Un minuto después, el motor de la furgoneta arrancó con un rugido y volvió a desaparecer.

Mamá rara vez se enoja. De verdad, casi nunca algo la afecta. Jamás. Es una de las cosas que he heredado de ella: una personalidad sin vueltas. Sin dramas, sin lágrimas,

sin gritos. Ambas operamos con un ajuste no emocional, a diferencia de Heath, que opera con el malsano defecto de altibajos cambiantes. Lo sacó de nuestro padre, que nos dejó hace tres años por la dueña de un club de *striptease* que conoció en un viaje de negocios al sur de California. No lo vimos desde entonces y, para ser totalmente honesta, no lo extraño.

Es cierto que se gritaron de todo antes de que se marchara, pero después de que se fue, mamá se recuperó bastante rápido. Cuando salió el divorció no lloró, y no habló mal de papá cuando no hizo ningún pago de alimentos. La última vez que recordaba haberla visto emocionarse por algo fue hace un par de años cuando Heath y yo sugerimos cambiar legalmente nuestro apellido por "Adams", el de soltera de ella, como un gesto de solidaridad.

De todos modos, la única persona que podía ponerla remotamente de mal humor era mi papá, y por lo que sabía no tenía ningún contacto con él. No estaba saliendo con nadie –"no quiero saber nada más con ningún hombre", había anunciado–, y ninguno de sus amigos estaba en Londres. Entonces, ¿a quién le había gritado en el teléfono?

Entreabrí una de las puertas con placas radiográficas cuando Heath volvió a precipitarse escaleras arriba. Levantó una palma al pasar al lado mío, y chocamos los cinco.

–Nos salvamos por un pelo –exclamó alegre, volviendo a avanzar a grandes pasos al baño.

–Tienes brillantina en la nariz –respondí.

Cualquiera fuera su respuesta, no alcancé a oírla. Tenía preocupaciones más urgentes, así que lo ignoré y me acurruqué en

la cama con mi laptop. Solo me llevó unos pocos segundos encontrar lo que estaba buscando: un post sobre el blog de la ciudad, cuyo título sensacionalista era "El artista callejero de las manzanas doradas: ¿poeta o vándalo que busca llamar la atención?".

La entrada del blog explicaba en detalle lo que yo ya sabía, pero me enteré de un par de cosas nuevas, como que los grafitis o las "piezas" (diminutivo de *obras de arte*) eran realizadas con un aerógrafo profesional y un aerosol especial para pintura de grafitis, cuya venta es ilegal en la ciudad. Pensé en la lata bonita de la mochila de Jack –definitivamente no era algo que se pudiera comprar en la ferretería local– y sentí un aleteo en el estómago.

Cinco palabras habían sido escritas a lo largo de las dos últimas semanas:

## COMIENZA, VUELA, PERTENECE, SALTA, CONFÍA

*Comienza* era, acertadamente, la primera palabra, pintada con letras de tres metros de alto sobre el pavimento que estaba alrededor de la fuente de Lotta, el monumento más antiguo de la ciudad. La palabra más reciente, *confía*, había sido aplicada con estarcido sobre el techo de la boletería que se hallaba en la entrada del zoológico de San Francisco.

El post citaba a un oficial de la policía a cargo del Programa de Reducción de Grafitis del Departamento de Policía de San Francisco. Advertía que la diferencia entre el grafiti y el arte era el "permiso", y señalaba que, dado que los costos

acumulativos de limpieza superaban los cuatrocientos mil dólares, el artista que pintaba las palabras doradas enfrentaría un cargo por delito grave.

Pero ahí no acababa la cosa. El artista firmaba todas las palabras con una pequeña manzana dorada al pie de la última letra, y esto hacía que el bloguero se preguntara si no habría una conexión con una "cooperativa de artistas" anónima local llamada Discordia.

No era una buena noticia.

Los miembros de Discordia eran conocidos por practicar comportamientos hostiles contra la oficina del alcalde, y habían causado daños por decenas de miles de dólares a la propiedad pública: rompían ventanas, destruían tiendas, ocasionaban incendios, y habían vertido pintura sobre una estatua de bronce de Ghandi, ubicada fuera del edificio de la terminal del trasbordador del Embarcadero. El bloguero especulaba que la firma de los grafitis dorados podía ser un guiño a la manzana de la discordia de la mitología griega, en la que se había escrito la leyenda "para la más bella", y generó una pelea virulenta entre Afrodita, Hera y Atenea.

Pensar en todo ello me hizo sentir como si estuviera en uno de esos paseos del barco pirata en un parque de diversiones, tironeada de un lado a otro entre la excitación y la terrible sensación de que, en cualquier momento, se rompería un tornillo y el aparato saldría eyectado con violencia.

Mi hermano tenía razón acerca de una cosa: yo realmente no sabía cómo ser mala. Así que tal vez debí haberme sacado a Jack de la cabeza y regresado a mi aburrido verano sin sol y sin amigos.

Pero más fácil era decirlo que hacerlo.

La tarde siguiente, mientras mamá y Heath seguían durmiendo, ella recuperándose del turno noche, y él de su recorrida por las discotecas de la ciudad, me tomé el tranvía MUNI de siempre a la calle Irving, a pocos pasos de la entrada sudeste del parque Golden Gate y a una parada de donde Jack se había bajado del autobús la noche anterior.

También era el lugar donde yo trabajaba a tiempo parcial como una glamorosa cajera en un mercado *gourmet* de lujo llamado Alto.

Como atendíamos a los ricachones, todo el mundo, salvo el personal de mostrador del sector de carnes y pescados, tenía que llevar una camisa blanca de vestir, pantalones negros, corbata negra y un delantal también negro, provisto por la tienda, con la leyenda Alto Market, que me hacía sentir como la camarera de un restaurante de lujo... sin el beneficio de las propinas de lujo.

Muchos de mis compañeros de colegio se quejan de sus trabajos de verano, pero salvo la corbata negra, yo no tenía problema con el mío. No requería demasiado esfuerzo pasar cosas por un escáner. Además, disfrutaba en secreto al apilar los productos en las bolsas, porque era como resolver una especie de rompecabezas: ubicando lo más pesado en el lugar adecuado y agrupando las cosas frías –un poco como cuando volvía a colocar los órganos de plástico dentro de la Mujer Visible, mi modelo de anatomía humana: resultaba extrañamente gratificante.

Además de todo eso, la tienda siempre olía a pan recién horneado y a flores frescas, y la música clásica ambiental

alimentaba las fantasías que tenía de ser una estudiante de arte adulta y sofisticada. Podría ser peor.

Después de fichar mi entrada y de contar lo que tenía en la caja, marché hacia la caja registradora que me habían asignado. La última persona que la usó había cambiado de lugar las banditas elásticas y los bolígrafos. Mientras volvía a acomodar todo, una mujer de cabello oscuro asomó la cabeza desde un anaquel de dulces importados.

–Buenas tardes, Beatrix.

La señorita López era una de las gerentes de la tienda. Es una madre soltera de treinta y pocos años, con una hija de once llamada Joy. Ha sido mi jefa desde que comencé a trabajar aquí el verano pasado. Como jefa, es bastante razonable y justa, y básicamente una persona agradable: otro de los motivos por los cuales no me quejo de mi empleo.

–Maldición, parece que hoy estamos atrapadas –dije.

–No puedo dejar de bostezar –admitió la señorita López con una sonrisa, cruzando los brazos sobre el delantal. Un pequeño prendedor rojo y negro brillaba en la mitad de su corbata, justo debajo del nudo. Tenía algo con los bichitos mariquitas y siempre llevaba el bichito de la suerte en algún lado: medias, suéter, prendedores. Para Navidad le regalé una mariquita disecada, incrustada en acrílico; la tenía sobre el escritorio de su oficina–. ¿Qué tal anduvo tu reunión secreta?

La señorita López estaba al tanto de mi arte y no le impresionaba el hecho de que dibujara cadáveres disecados, otra razón por la cual nos llevábamos bien.

–Lamentablemente, fue un fiasco total –le conté casi toda la historia, pero evité decirle que había llegado a escondidas

a casa en el autobús Owl y mi encuentro con Jack–. De todos modos, tengo una nueva oportunidad el miércoles. Por suerte no me toca trabajar, así que no tengo que rogarle a mi jefa que me dé la noche libre.

–Por fortuna tienes una jefa cool, de modo que no hubieras tenido que rogarle con tanta insistencia.

Era cierto.

–¿Y cómo va todo por acá? –pregunté mientras me inclinaba para revisar mi provisión de bolsas de papel–. ¿Algún chisme jugoso?

–Se nos acabaron los filetes de salmón que estaban de oferta.

–Qué chisme terrible.

–Hmm –dijo, pensativa, tratando de recordar algo más jugoso–. ¡Ah! Ese vándalo de los grafitis dorados atacó la entrada de la Novena Avenida del parque Golden Gate.

Mi corazón pasó de *aburrimiento* a *¡FUEGO!*

–¿Q-qué? –pregunté, levantándome bruscamente de detrás del mostrador.

–Lo hizo sobre la acera. Esta mañana, cuando salí a pasear a Beauty antes del trabajo, se habían reunido allí los canales de noticias. Las letras son casi tan altas como yo y están colocadas de costado –arrancó un trozo de cinta de la registradora y garabateó una ayuda visual:

FLORECE

–Colocadas de costado –dijo con un ademán de la mano, que alcanzaba su máxima perfección con unas impecables uñas rojas que jamás parecían romperse.

*Florece*. Seguía en estado de shock.

–Es muy bonito y femenino. Las letras están rematadas con florituras y enredaderas.

–El Jardín Botánico –reparé. Estaba ubicado específicamente justo dentro de esa entrada del parque.

–Sí, sobre el camino que conduce a los jardines. La policía dice que es la primera vez que hay una conexión directa entre una de las palabras y el lugar donde fue pintada. Ahora todo el mundo está excitado pensando que se trata de algún tipo de mensaje complicado en código morse.

Pensé en el prendedor sujeto a la chaqueta de Jack: VIVE EL MOMENTO. ¿Acaso los budistas no debían ser pacifistas? Imaginé a ancianos amables trazando dibujos con un rastrillo en jardines de arena zen y bebiendo té, tal vez haciendo un poco de yoga por la tarde. No, vandalizando bienes públicos.

–Quienquiera que haga esto es muy sigiloso o tiene mucha suerte, o ambas cosas –reflexionó la señorita López–. Pero la suerte no dura para siempre. Creo que solo es cuestión de tiempo antes que alguien pille al vándalo con las manos en la masa.

Ese alguien podría haber sido yo.

Pero ahora probablemente jamás lo volvería a ver. Me refiero a que lo único que conocía era su nombre y su postura filosófica ante el tocino.

Oh, y algo más que casi olvidé: nuestro amigo en común.